

EL CICLO DEL
ESÍPIRITU
UNA MATRIZ DE VIDA

CHRISTIAN BEYER



Título: El ciclo del Espíritu
Subtítulo: Una matriz de vida
Autor: Christian Beyer

Traducción al castellano: Gloria Rosset
Portada: Rafael Soria
Primera edición en España: mayo de 2018

© para la edición en España, El Grano de Mostaza Ediciones

Impreso en España
Depósito Legal: B 10295-2018
ISBN: 9788494815966

El Grano de Mostaza Ediciones, S.L.
Carrer de Balmes 394, principal primera
08022 Barcelona, Spain
www.elgranodemostaza.com

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra («www.conlicencia.com»; 91 702 19 70/93 272 04 45)».

EL CICLO DEL
ESÍPIRITU
UNA MATRIZ DE VIDA

CHRISTIAN BEYER

*Vive como si fueras a morir mañana,
aprende como si fueras a vivir para siempre*

Gandhi

ÍNDICE

Capítulo 1

El Espíritu	17
El espíritu como espacio de movimiento	18
El lugar de lo mental.....	20
Espíritu y Energía.....	22
Polo terrestre y polo celeste	25
Mental inferior y mental superior.....	27
La dualidad humana.....	31
La raíz del Espíritu en el Ser Humano	36

Capítulo 2

El Ciclo	39
Los tres tiempos.....	39
Psicología y astrofísica	41
La rotación de la Tierra.....	42
El ciclo celular memorizado.....	45
La rotación de la Tierra alrededor del Sol	48
El Templo de Amón y el ciclo del Espíritu.....	49
El ciclo del Espíritu	53
El ciclo del Espíritu de Cristo.....	56
La inversión de la comprensión	59

Capítulo 3

Del nacimiento a los tres años o de los 36 a los 39 años	61
Las áreas corticales del lenguaje.....	61
El proyecto sentido	62
La alegoría de la pareja de alma	65
El ciclo celular memorizado y el proyecto sentido.....	67
La versión ampliada del ciclo del Espíritu.....	69
El doble ritmo del ciclo del Espíritu	71
Lenguaje verbal y consciencia.....	73
Ecos del proyecto sentido en el ciclo.....	76

La desesperanza y la injusticia	80
La estructuración del Ego	83
La identidad entre exterior e interior.....	87

Capítulo 4

De los 3 a los 6 años o de los 39 a los 42 años

Los sentidos biológicos y la raíz identitaria.....	94
La pareja parental y las funciones parentales.....	98
La identidad, la función verbal y la relación con el mundo	100
El hacer, espejo del «yo»	102
La otra raíz identitaria.....	104
El primer molar definitivo y las hormonas sexuales.....	106
La dinámica del deseo	108
El bien y el mal.....	110
El acceso a la potencia	112
El descubrimiento y el conocimiento de sí mismo.....	114
La función del grupo.....	116
El apoyo necesario del grupo	119
El cambio de grupo	122
La dinámica femenina del anhelo.....	126
Las dinámicas del sueño y de las necesidades.....	129
La dimensión esencial de la pareja parental	133
Transferencia del polo de contacto.....	135
El conflicto de incesto inconsciente.....	136

Capítulo 5

De los 6 a los 12 años o de los 42 a los 48 años.....

El contacto con el mundo	142
El papel nutricional del padre y la madre	144
El recuerdo de sí mismo	146
La trascendencia de los roles padre y madre	148
Los roles fundamentales del clan y de la familia.....	155
Las esperanzas del Espíritu.....	159

Las virtudes del padre y la madre	161
Miedos y carencias.....	167
La fecha fundadora de los doce años.....	174

Capítulo 6

Resumen del equilibrio alcanzado..... 175

La enfermedad de adaptación.....	178
De la necesidad de las dos líneas de tiempo	179
La estructura inferior de los cero a los seis años.....	180
Los signos y el ser humanoide	182
Una explicación narrada del desarrollo	185

Capítulo 7

De los 12 a los 18 años o de los 48 a los 54 191

Pasado y futuro.....	192
Sentido y papel de los proyectos.....	194
La esfera mental.....	196
La necesidad de dominación y de altura	198
El orgullo	201
La lucha contra Dios.....	202
La autonomía de pensamiento.....	205
La crisis de la adolescencia.....	209
El sueño vital	212
El estado amoroso.....	214
El incesto inconsciente.....	216
El conflicto del incesto en el ámbito biológico.....	219
El conflicto del incesto en la psique.....	222
La jerarquía	227

Capítulo 8

Resumen del equilibrio alcanzado hasta ahora 231

Capítulo 9

Los 18 años	237
El registro de la decisión	238
El acceso al poder	239
La zona del Mago	240
La función de reflexión acerca del Sí Mismo	246
La desvalorización.....	249
La vergüenza.....	251
La duda.....	255
El camino interior.....	258
Liberar las funciones de las proyecciones	262
El conflicto de dominación	264
El retorno hacia sí mismo a través de la introspección y la meditación	268
Invirtiendo el tiempo y el movimiento.....	272
El espacio del Corazón.....	273
Objetivo intermedio.....	275

Capítulo 10

El final del viaje	279
La consciencia en el centro.....	280
El sino y el destino	283
El Ouroboros.....	284
Eso por lo que estamos aquí.....	286
Servir y cooperar	288
El corazón como maestro de obra	291
Lo que buscamos ya lo habíamos alcanzado	294
Epílogo	295
Bibliografía	297

INTRODUCCIÓN

Hace ahora treinta y cuatro años me vi brutalmente proyectado al otro lado de los límites de la existencia clásicamente transmitida por nuestros padres y por el mundo educativo, y descubrí de manera reveladora ese lado de la Vida tan pomposamente conocido con la altisonante denominación de «energético». De hecho, fue la enfermedad declarada como letal e incurable que le diagnosticaron a mi padre lo que me llevó a emprender ese maravilloso viaje a pesar de que, en numerosas ocasiones, habría preferido sin duda seguir siendo un hombre vulgar y corriente.

Curiosamente, tras enamorarme y sucumbir a la admiración de la parte más dura de nuestro cuerpo, los dientes, me vi poco a poco conducido hasta lo más sutil de nuestra estructura: el Espíritu. Y este viaje fue lo que me llevó a tomar la decisión de expresar mi más profundo agradecimiento al Cielo –al que solemos referirnos habitualmente con el nombre de Dios–. En efecto, los dientes constituyen la imagen total y absoluta de lo que descubrí, de esa estructura global del Ser Humano. Y aunque mi viaje de exploración resultó aún más largo que el de Ulises, todavía me pregunto hoy si algún día tendrá un final o si deberé proseguirlo en otra Vida...

El diente, nacido de un órgano oculto debajo de la encía –el órgano adamantino– aflora a la vida compuesto de apatita. Esas dos palabras son tan representativas de lo que voy a contar en las siguientes páginas que no puedo evitar comentar antes algunas cosas acerca de ellas. En griego *adama* significa diamante, pero también acero o estructura inflexible. En cuanto a *apatame*, quiere decir engañar. Así pues, en su origen más profundo, el diente tenía como destino convertirse en diamante, pero en su realidad expresada está compuesto solo de apatita, es decir, de falso diamante. También es así como se puede concebir al ser humano habida cuenta de la enorme distancia que separa su ori-

gen divino de sus engañosas y vulgares manifestaciones. Nacido de una estructura pura, también el ser humano terminará manifestándose a través de un personaje totalmente erróneo con respecto a su verdadera naturaleza. Entre adama y apatita existe la misma distancia que entre mi Yo existencial y el Ser Esencial. Esta misma distancia es la que he intentado atravesar en todas mis investigaciones, y de esta búsqueda surgió hace diecisiete años la Psiconeurodentología (nueva denominación de la Descodificación Dental, que sigue siendo idéntica en sentido y en contenido bajo este nuevo término).

Poco a poco, la escucha profunda de los dientes a la que me dediqué en cuerpo y alma me condujo directamente a la dimensión emocional. Mis propias observaciones, así como un gran número de otros estudios, demostraron el papel crucial que juegan las emociones en la salud – eminentemente bucal para un dentista como yo, pero también a un nivel indiscutiblemente global–. De la emoción llegué de manera natural a la psicología, pues todos nuestros estados emocionales reactivos tienen su origen en la interpretación que hacemos de nuestra existencia y de lo que vemos en ella y, por consiguiente, también emanan de nuestra estructura psicológica individual. Sin embargo, por muy maravillosa que sea dicha dimensión psicológica en su nivel más inmediato, el más cercano a nosotros, en última instancia constituye la manifestación emergente de las células grises del neocórtex. Y así fue como me vi impelido a estudiar neurología, y para poder relacionarlo todo de manera global, también neuropsicología. Todo ello tuvo por lo menos el mérito de mostrarme, al descubrir las investigaciones científicas de numerosos autores, que todos nuestros estados biológicos comparten el mismo origen: una emoción interior que constituye para nuestra estructura una verdadera firma informativa acerca del mundo exterior que nos rodea. En su más mínima expresión, tanto la visión que tenemos del mundo que nos rodea como la interpretación que hacemos de él se traducen en una firma emocional que informa a la célula. Por consiguiente, si arrinconamos dicha firma emocional en lo más profundo de nuestro interior sin ofrecerle una posible salida verbal, y por consiguiente, elevada, obligamos a nuestras células a optar por la adaptación. De modo que cada emoción está asociada a un programa biológico... ¡Doy gracias a la neuropsicología!

De hecho, de ahí surgió algo maravilloso, pues del mismo modo en que la psicología me condujo hacia la célula, y por consiguiente

te, hacia el nivel inferior, también me abrió las puertas de la psique humana, verdadera estructura vertical que se eleva muy por encima de nosotros. ¡Por fin la dualidad humana se presentaba sin máscara alguna ante mis ojos amorosos! A partir de dicha dualidad se produjo la unión de los contrarios u opuestos, pues así es como se suelen percibir al principio. Hoy puedo afirmar sin miedo que el Espíritu y el Cuerpo están unidos desde siempre. Y lo más maravilloso no es solo haberlo entendido, sino poder verlo y vivirlo de este modo.

De repente, un día del año 2009, el Ciclo del Espíritu se presentó ante mí bajo los rasgos del Templo de Amón en Luxor. Más adelante explicaré brevemente cómo dicho templo constituye el fiel espejo del Espíritu, pero por el momento bastará con que sintáis la maravilla de descubrir que, antes de nosotros, otros humanos accedieron al Conocimiento del Misterio. Sea como fuere, lo cierto es que tanto los dientes como Luxor me llevaron a restablecer el contacto con la Naturaleza del Espíritu.

Ocho años más tarde me sentí por fin preparado para poner en palabras mis percepciones, mis intuiciones y las imágenes evocadoras de Todo lo que Es. Sigo siendo perfectamente consciente de que no me resulta posible definir qué es el Espíritu, y en cierto modo ya me está bien así. Las palabras y este Ciclo del Espíritu acerca del cual voy a discurrir a continuación no son sino meras evocaciones. En ello coincidí plenamente con los mayores Sabios: el mejor modo de hablar de Dios es decir aquello que no es. Cualquiera que se obstine en decir lo que es no hará más que equivocarse. No se puede pretender más que ofrecer una evocación, por lo que intentar ofrecer una descripción no sería más que pura hipocresía. Aun así, siento que debo exponer en las páginas que siguen todo lo que hasta este momento he alcanzado a entender, oír y ver acerca de este Ciclo.

Pero ¿por qué un Ciclo? Curiosamente fue la astrofísica lo que me brindó la revelación definitiva. Al igual que me sucedió con el templo de Luxor, que descubrí mediante un libro que alguien me regaló por una azarosa «casualidad», también fue el «azar» el que puso en mis manos el libro de Trịnh Xuân Thuận *El cosmos y el Loto*, y fue precisamente dicho libro el que desencadenó en mí una explosión inicial a la que le sucedió la comprensión expansiva del ser humano. Pues así es como funciona mi cerebro: efectúa transferencias de comprensión de un nivel a otro entre conceptos entre los que el común de los mortales no vería ningún tipo de relación. Al leer los libros de Xuân

Thuận tradujo de manera instantánea las descripciones astrofísicas que él hace del cosmos en términos de comprensión de la estructura del Espíritu y de la Psique humana. Ya sabía que a través de la observación de la Naturaleza podía «comprender» la célula humana y el cuerpo humano. Pero luego descubrí que, mediante la observación y el conocimiento del Cielo, podía alcanzar a entender la Psique humana. Nacimos de polvo de estrellas, no solo en un sentido meramente poético, sino en un sentido totalmente físico. ¡Y poseemos en nuestro interior la memoria filogenética y cosmogenética de ello! Existen instantes de la Vida en que su Esplendor nos toca más allá de la simple Belleza... Si la Belleza se nutre del Número Áureo, el Esplendor debe hallarse más allá de una cifra, o quizá debería decir: más aquí.

Así pues, fue de todo lo anterior de lo que se fue nutriendo en mi interior lo que había de otorgarme la visión y comprensión profundas del Ciclo del Espíritu. Deseo pues que las páginas siguientes te ofrezcan, querido lector, tal como a mí me lo ofrecieron, la fascinación y la esperanza acerca de un futuro puro del Humano Divinizado. Pues si, al igual que a mí, te pesa ver cómo los humanos animales se debaten encima de la Tierra, debes saber que es solo responsabilidad tuya abrirte a tu propio Cielo, más allá de las informaciones meramente astrológicas que algunos parecen buscar.

Deseo pues que vivas este viaje en tu cosmos interior como un momento de memoria revelada, pues no descubrimos nada nuevo: ¡lo que Es se nos muestra solo para que lo recordemos!

CAPÍTULO 1

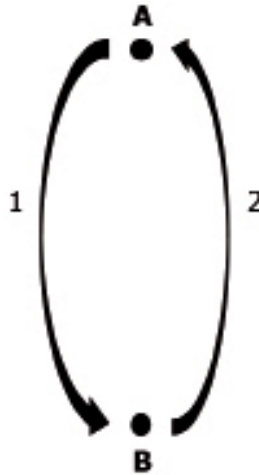
EL ESPÍRITU

La palabra espíritu se ha venido utilizando con multitud de significados, por lo que resulta importante precisar aquí cuál será el sentido con el que se utilizará el término de Espíritu a lo largo de la presente obra. En su origen latino, procede de la palabra *spirare*, que significa suspirar. Su sustantivo, *spiritus*, significa soplo, aliento vital, alma. Otro sustantivo, *spiritualis*, hace referencia a la naturaleza del espíritu, a lo inmaterial. En medicina y en alquimia se le otorgó un sentido específico para designar en un primer momento la sangre; más tarde, el término espirituoso se utilizó para hacer referencia al espíritu de vino, el alcohol. En su origen griego, la raíz de dicha palabra es *pnein*, que significa respirar, y también *pneuma*, aliento. No deja de resultar extraño que un neumático se refiera a algo animado por el aliento, en el sentido original griego... Por otro lado, desde sus orígenes hasta su uso actual, la palabra espíritu evolucionó desde un sentido eminentemente espiritual, gracias al lenguaje eclesiástico, hasta constituir la evocación de determinadas cualidades intelectuales: tener espíritu crítico, espíritu de superación... Así, teniendo en cuenta esta noción profunda de «soplo», o de «viento que sopla», de movimiento aéreo, no podemos permanecer insensibles ante la frase bíblica que reza: «El Espíritu (soplo) de Dios se movía sobre la faz de las aguas» (Gén, 1:1-2). En este contexto la palabra «soplo» constituye la traducción de la palabra hebrea *ruah*, que hace referencia al espíritu (viento, soplo) de Dios. Esta misma concepción de soplo asociada al espíritu se halla en una definición que hace San Juan con una bellísima metáfora: «Nadie conoce las cosas que son de Dios sino el Espíritu de Dios, solo él penetra todas las cosas, incluso la profundidad de Dios». Así pues, en su acepción más sencilla, podemos considerar el Espíritu como un principio dinámico. Quedaría por determinar cuál es su posición en lo que denominamos Alma.

El espíritu, que nos resulta sin duda más cercano por su frecuente uso, sobre todo desde el nacimiento de la psicología, está más estrechamente relacionado con el *noûs* griego que con el *pneuma*. Este *noûs* es la parte del espíritu asociada con la inteligencia de la estructura mental, propia del funcionamiento de las neuronas humanas. Intellecto, razón, inteligencia... aunque constituyan una representación de Dios, no podemos reconocer en este *noûs* más que el espíritu con una «e» minúscula. En cuanto al *pneuma*, debe ser considerado como Espíritu con «E» mayúscula, como el Soplo Divino portador del acto creador que aún pervive en nuestro inconsciente.

El espíritu como espacio de movimiento

Una de las imágenes que me resulta más evocadora de mi concepción del ciclo del Espíritu es la de considerar al Espíritu como una zona de movimiento entre nuestra consciencia mental y un «algo» nuestro más elevado. Esa zona de movimiento constituye pues un vínculo por desplazamiento de información o energía –o como sea que prefiera llamarlo el lector–. En cualquier caso, la simple evidencia de que el movimiento de Vida es de doble sentido, y que se corresponde con lo que en Oriente se ha venido en llamar Yin y Yang, se me antojó totalmente necesario para plantear la existencia de los dos polos entre los cuales se produce dicho movimiento. Clásicamente, en Occidente dichos movimientos corresponden esencialmente a dos: uno centrífugo, masculino, que opera de dentro hacia fuera, y el otro, centrípeto, femenino, que opera desde fuera hacia adentro. Esta descripción dinámica de lo masculino y lo femenino nos empuja a alejarnos de definiciones razonadas construidas a base de imágenes engañosas. Masculino no equivale a hombre, de igual modo como femenino no equivale a mujer. Ello nos permite por consiguiente reemplazar Hombre y Mujer en un plano de total igualdad de estructura puesto que cada uno de ellos es portador de ambas dinámicas de Vida. Si el Espíritu es «movimiento» y dicho movimiento es de naturaleza dual, ¿entre qué y qué se produce?



La determinación del movimiento masculino, de naturaleza centrífuga, y del movimiento femenino, de naturaleza centrípeta, nos lleva a una comprensión inesperada. Efectivamente, muchos son los que se han enfrentado al cambio de lateralidad de ambos movimientos desde la visión y concepción chinas de la vida y desde la comprensión occidental de la misma. Para unos, lo masculino se encuentra a la izquierda, mientras que para otros se halla a la derecha. Hay que puntualizar que no se trata en este caso de la lateralización motriz del córtex. Así pues, ¿quién tiene razón?

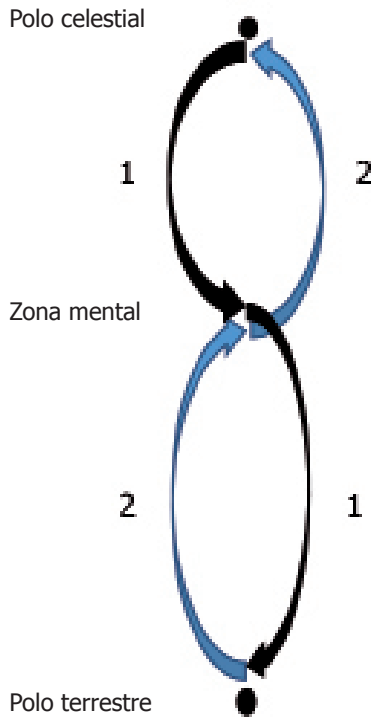
La primera constatación necesaria es la siguiente: para determinar el movimiento centrífugo, y por consiguiente, el centrípeta, debemos especificar antes el punto de vista del observador. ¿Desde dónde observa? ¿Desde el punto A o desde el punto B? La filosofía oriental considera el punto A como la matriz de la Vida, y desde dicha posición determina el movimiento 1 como «masculino». Es su Yang. Forzosamente, el movimiento 2 constituye pues el «femenino», el Yin. La noción de matriz celestial de Vida nos permite situar el punto A como polo celeste y el punto B como receptáculo o polo terrestre de dicha estructura. La consideración occidental es la opuesta: la matriz de la Vida se encuentra en nuestro caso claramente identificada como terrestre, por lo que el movimiento 2 es el «masculino» y el 1 el «femenino». Esta es la razón por la que existe la anterior inversión de lateralización con respecto a ambos movimientos. La noción de matriz de vida constituye la identificación de la fuente creadora de vida, de la vida que experimenta el ser humano. Así, en Oriente el ser humano

es hijo del Cielo, mientras que en Occidente se considera surgido de la Tierra. En las tradiciones occidentales, tanto del continente europeo como del continente americano, todos los mitos representan al Hombre como fruto de la Tierra, tanto si se trata de un puñado de arcilla al que el soplo divino insufla la Vida, como si es traído a la Tierra por representantes animales del poder creador de Dios. En cualquier caso, ha sido a partir de todo este acervo de información inconsciente que se ha forjado ajena a nuestra consciencia la diferencia entre matrices de Vida. Por desgracia, solo por haber alcanzado a comprenderlo hay quienes se complacen a afirmar que los unos tienen razón y otros están equivocados...

Sin embargo, ni los unos ni los otros han tenido en cuenta el lugar que ocupa el Espíritu ni han elevado su visión acerca del ser humano con el objeto de modificar su concepción. Eso es a lo que me ha conducido todo el camino que he recorrido guiado por los dientes y su observación. Pues sin duda los orientales «menospreciaron» la dimensión corporal mientras que los occidentales confundieron el Espíritu con lo mental. Es como si el mundo oriental hubiera constituido la pareja Cielo (polo celeste)–mental, y el mundo occidental la pareja cuerpo (polo terrestre)–mental. Tanto los unos como los otros se obcecaron con una trinidad incompleta. Y yo mismo me enfrento a la misma complejidad, por lo menos desde la perspectiva didáctica: ¿mental, cuerpo, Espíritu? ¿Cuerpo, Alma, Espíritu?, ¿Cuerpo, Corazón, Alma...? La conceptualización de todos estos términos distintos reviste una gran complejidad.

El lugar de lo mental

La lectura de los Manuscritos de Nag Hammadi, y especialmente el texto atribuido a María Magdalena, arroja a todo lo anterior una importante y esclarecedora luz. Cuando María Magdalena pide a Cristo, al que ve en cuerpo luminoso, y por consiguiente tras su resurrección, si es gracias a su alma o a su espíritu que alcanza a verle, Cristo le responde: «No es ni con tu Alma ni con tu Espíritu que me ves, sino con el mental situado entre ambos». Al devolver en un instante al mental el papel fundamental que tantas voces suelen menospreciar y desestimar nos resulta posible modificar su esquema estructural y situar a partir de la anterior enseñanza el nivel mental en la interfaz entre el polo celeste y el polo terrestre.



Así pues, la zona mental sería una zona «espejo», lo que confirmaría la estabilidad lateralizada de los movimientos del Espíritu, sea cual sea el polo utilizado para determinar su sentido. Por consiguiente, el movimiento 1 sería «femenino» para el polo celeste, pero centrífugo para el polo terrestre, mientras que el movimiento 2 sería «masculino» para el polo celeste y «femenino» para el polo terrestre. Y seguiríamos teniendo el «femenino» a la izquierda y el «masculino» a la derecha, fuera cual fuera nuestra cultura o nuestra concepción médica del cuerpo humano. Así, la posición de los movimientos resultaría estable y universal únicamente para la estructura denominada Espíritu, y en este sentido se hallaría de acuerdo con su dimensión de universalidad. De igual modo como el conjunto de materia que constituye el Cosmos está compuesta de los mismos bloques atómicos, también la Vida de la Consciencia no puede surgir sino del mismo Espíritu.

Espíritu y Energía

Este encadenamiento del movimiento a través de la zona de reflexión de lo mental da nacimiento a una forma muy conocida denominada *lemniscata*. Dicha forma, a menudo interpretada como un ocho por analogía con su silueta, se trata de hecho del símbolo del movimiento contenido en el Espíritu, entre «arriba» y «abajo» de su estructura. Al colocarlo en esta posición a modo de testigo dinámico del Espíritu podemos entender todo su alcance y solo nos queda comprender cómo se manifiesta el reflejo de su movimiento en nuestra estructura psicológica, algo de lo que nos ocuparemos más adelante.

La posición de lo mental «entre ambos» puntos nos proporciona una comprensión mayúscula de la noción de inversión que existe entre los datos relativos al mundo de arriba y los del mundo de abajo. Examinaremos a lo largo de la presente obra todos los escenarios en los cuales, tras producirse esta inversión en la comprensión de la información, se abren de par en par las puertas de la Vida regida por el Espíritu. Pero en primer lugar debemos comprender que la que se invierte y se simetriza una vez invertida es la energía misma.

La energía clásicamente explorada o invocada por los humanos puede inducir a una «espiritualidad» que no es en absoluto tal. Tocar la energía, sentir ese nivel de Vida alrededor de un cuerpo, alrededor de la materia, no tiene nada de «espiritual» en el sentido esotérico del término. Cuando la aguja de una brújula se desvía por efecto de la corriente eléctrica que pasa por un hilo conductor ¿no es porque esté siendo sometida a ningún tipo de influencia espiritual! Y sin embargo, en nuestra confusión inconsciente, la noción de espíritu se ha aplicado siempre a todo aquello que operaba en nuestro mundo material pero que no se veía ni se palpaba ni se pesaba. Así, cualquier presencia operante no detectable mediante nuestros sentidos biológicos ha sido denominada «espíritu». Y es en esta raíz profunda del inconsciente que el magnetizador suele ser visto como «espiritual» en el sentido etimológico de la palabra. Pero la verdadera dimensión espiritual no se puede medir únicamente a través de una capacidad sensitiva del cuerpo.

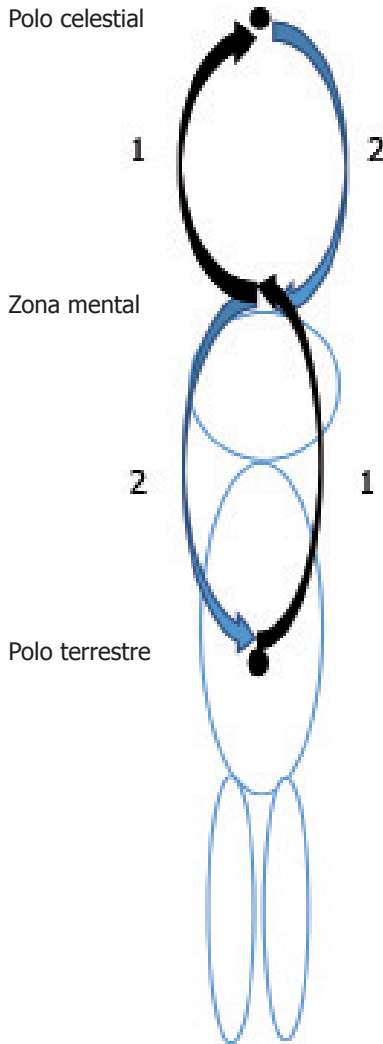
Aun así, en la medida en que la materia emanó del Espíritu, también preserva su huella, su marca e incluso su presencia. Así, la «espiritualidad», en el sentido prácticamente eclesiástico de dicho

término, no reside en el contacto con las cosas, sino en la comprensión certera acerca de su Sentido. Contactar con la energía que engloba la materia e imaginarse que uno se halla en contacto con el Cielo constituye un craso error. La materia emite una vibración electromagnética debido a su naturaleza casi «física», es decir, observada bajo los ojos de la física. Sin embargo, la presencia del Espíritu dentro de la materia despliega un mundo energético en su interior. Así, como consecuencia de la concepción de los cuerpos energéticos alrededor del cuerpo físico, llegamos un día a creer que ahí era donde había que buscar el contacto con el Espíritu, el sople divino, la huella dejada en nosotros por el Creador. Y sin embargo, tras leer el pasaje bíblico que sostiene que «Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios», no pude evitar hacerme un montón preguntas. La ley de la inversión simétrica me obligó a comprender y a admitir que, mientras que el cuerpo «divino» es el cuerpo más extenso que nos rodea, este mismo cuerpo divino en nuestro interior posee un volumen infinitesimal... Así pues, hallar la huella del Creador dentro de nosotros mismos nos obliga a penetrar en lo más profundo de nosotros, lo que explica con prístina claridad la necesidad que tenemos de conocernos, y otorga al trabajo llevado a cabo por Jung una importante notoriedad (la misma notoriedad dicho sea de paso que adquiere cualquier trabajo «psicológico», como por ejemplo el yoga auténtico tal como se practica en forma y su sentido en Oriente). No existe ningún camino espiritual que pueda susstraerse al encuentro con el propio inconsciente. En caso contrario se trataría únicamente de un mecanismo de evitación abocado a tender una gigantesca trampa a todas las transferencias inconscientes. ¡De hecho así fue como Dios terminó convertido en «alguien»! El mismo maestro Eckhart siguió el peligroso camino de deconstrucción de Dios con respecto a sí mismo, mientras Jung habló de *imago Dei*.

Por consiguiente, contactar con la energía que rodea cualquier cuerpo supone hallar la memoria dejada por el Espíritu en todo lo creado, pero por encima y ante todo, supone contactar con la emanación «natural» de la materia llena de vida. Por ello no deberíamos «dudar» actualmente de la dualidad materia-energía en la creación. El Espíritu preexiste a la materia y le sobrevive. Incluso si para los tibetanos eso no es ni siquiera así. Sin embargo, resulta fácil entender que nuestros lejanos ancestros entablaran una estrecha relación con el Espíritu de la Naturaleza. Lejos de ser una herejía, constituía el re-

flejo del estado de evolución de la consciencia humana en su sentido «colectivo». Pero cuando dicha consciencia experimentó un mayor crecimiento hacia el interior del ser humano, este creyó que había que pasar forzosamente del Espíritu de la Naturaleza al espíritu del Cielo. Es como si le dijéramos a un niño: elige entre tu madre y tu padre, pues no puedes amarlos ni honrarlos a los dos.

Este es el resultado de la simetría inversa de los dos polos:



Polo terrestre y polo celeste

El polo terrestre, receptáculo del flujo de la Vida vehiculado por el Espíritu entre nuestros dos polos estructurales, se toca únicamente en lo más profundo de nosotros mismos, en un punto tan ínfimo que puede resultar complicado hallarlo. Pero no se trata de un tema de volumen físico, sino de complejidad psíquica. El largo camino hacia su percepción no resulta accesible como resultado de una simple decisión, aunque primero sea necesario decidirlo, sino que depende asimismo de una cierta madurez estructural, tanto energética como psíquica. En efecto, existe una energía física y una energía psíquica que conviven en total simetría. Por consiguiente, la madurez de nuestra estructura es lo que nos permite «sentir» y, de ahí, poder experimentarlo. La madurez de percepción de la energía psíquica es de lo que habla el Ciclo del Espíritu. Y ha sido mediante este descubrimiento cuando he podido comprender plenamente la obra de Jung y sus enunciados relativos a la Libido, que él define como energía psíquica (cabe señalar que en la obra de Freud existe cierta confusión entre la energía dedicada a la psique y su influencia en el comportamiento corporal). Desde la sabiduría oriental, la sexualidad emana de la energía sexual al igual que el Conocimiento. La energía sexual puede hallarse prisionera de la concepción corporal que tenemos acerca de nosotros mismos, o puede actuar como fuente de crecimiento de nuestra Consciencia. Más adelante veremos el escollo que plantea esta confusión.

Al observar el esquema anterior podemos entender que el comportamiento más habitual del ser humano hasta la fecha ha sido alzar los ojos hacia el Cielo para poder tocar, encontrarse o conocer a «su» Dios, el polo celeste de nuestra alma individual tal como lo percibe nuestra psique. Sin embargo, alzar los ojos hacia el Cielo, un comportamiento que ha sido universalmente seguido por el Hombre para contemplar la Luz, solo nos ofrece una perspectiva mental razonada de ese Dios al que unos tanto buscan y otros tanto rechazan. Pues, tanto si se le venera como si se le niega, ello siempre se hace mostrando el Cielo, donde al parecer se sitúa el objeto del sentimiento experimentado. Más allá de esta extraña divergencia con respecto a dicho sentimiento –pues sin duda alguna no se trata más que de un puro sentimiento y no del establecimiento de una verdad– la conceptualización de un «alma individual» me ha permitido elabo-